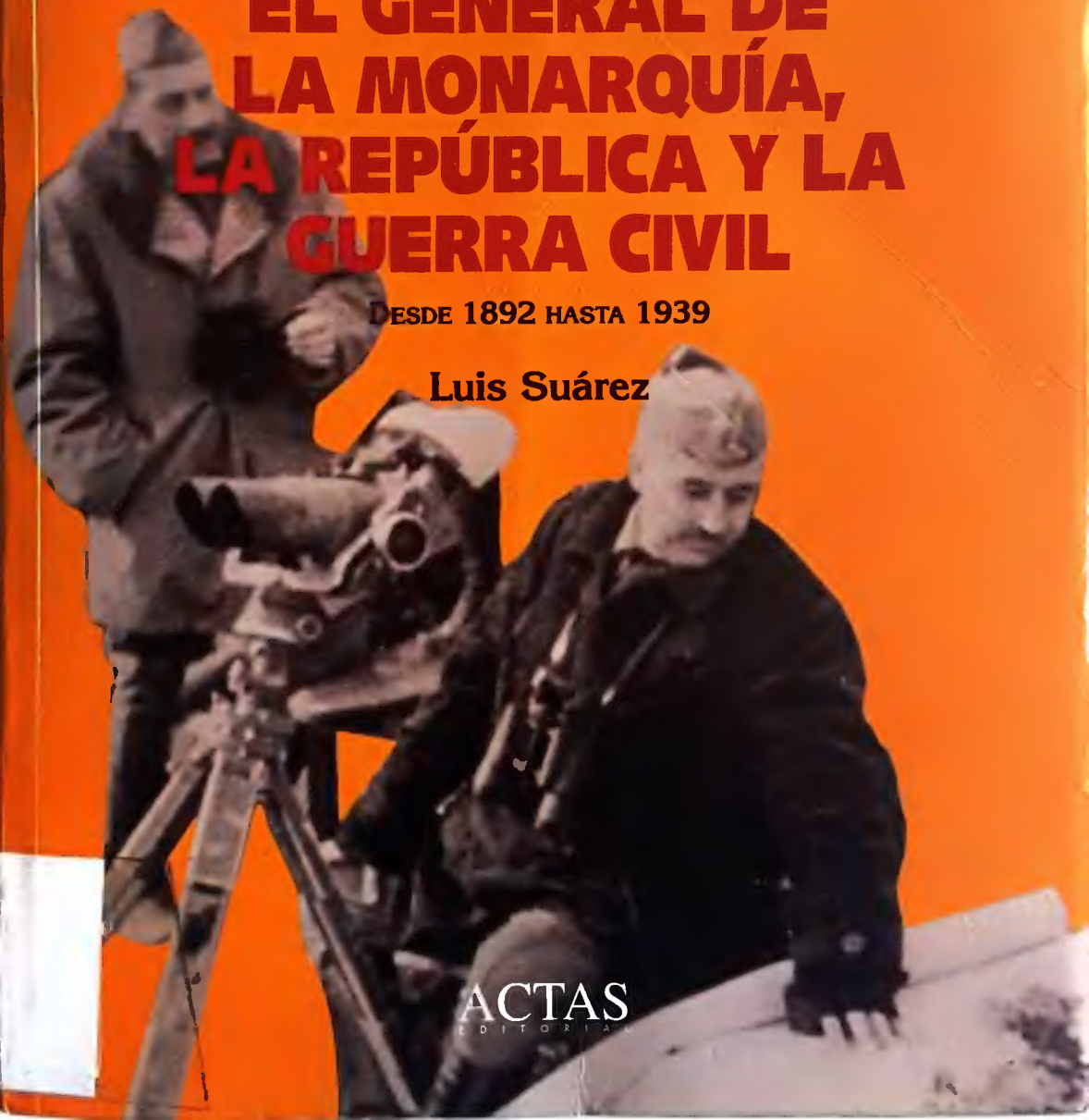
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 5

EL CAMINO DE ALHUCEMAS.

I. EL FIN DE LA RESTAURACIÓN.

1. Los años 1922 y 1923 fueron decisivos en la vida de Franco, en su marcha hacia un caudillaje institucional que le sería reconocido por una porción considerable de la sociedad española. Los homenajes que se le rindieron, con ocasión sobre todo de su paso por Madrid, permitían a los oradores que intervenían, y a él mismo, destacar el contraste entre su actitud, disciplinada y heroica en el combate, fiel a los principios de disciplina, moderada en sus juicios y hasta cuidadosamente modesta al brindar el relato de los acontecimientos que tanto le favorecían, y el desconcierto de los políticos que, manteniendo un grado de honestidad muy alto, parecían sin embargo incapaces de controlar la situación. El hombre de la calle tenía la impresión de que la Restauración estaba agotada y se pensaba en una dictadura, sin pronunciamientos ni golpes de sable, como solución única. La tendencia de los partidos políticos a arrojar la responsabilidad de la derrota unos sobre otros contribuyó al desprestigio del sistema.

El desastre de Annual era previsible, dada la escasez e inadecuación de los recursos que se aplicaron a una guerra cuyas dimensiones crecían, pero de ningún modo inevitable. Causó tremendo impacto en la población porque los periódicos dispusieron de espeluznantes fotografías. Los responsables del país se sintieron inquietos: los políticos porque eran conscientes de haber obligado a hacer una guerra con medios inadecuados; los militares de la Península o de África porque a fin de cuentas eran los derrotados; el propio Rey porque, dentro de su papel de jefe supremo de las fuerzas armadas, había mantenido con éstas un contacto estrecho, que ahora podía ser mal interpretado. En cambio el *Diario de una bandera* aparecía como relato de limpia ingenuidad acerca de las acciones de unos legionarios que todo lo daban sin pedir nada; si detrás del libro había una intencionalidad –no lo sabemos– habría que reconocerle gran habilidad.

Figura destacada de la comisión que negoció el rescate de prisioneros con 'Abd el-Krim fue el empresario bilbaíno Horacio Echevarrieta; utilizó en estas gestiones

al periodista Indalecio Prieto, miembro del PSOE, nacido en Oviedo pero afincado en Bilbao desde hacía mucho tiempo, director del *Liberal* y diputado a Cortes por Vizcaya. Fue precisamente Prieto quien puso en circulación la especie de que a Alfonso XIII alcanzaban responsabilidades directas en el desastre porque había estimulado el afán de notoriedad de los altos mandos militares, impulsándolos a acciones no debidas. Había exageración en el término. Fue luego el novelista Blasco Ibáñez –que durante la Gran Guerra hizo propaganda en favor de los aliados, escribiendo sobre todo la novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*– quien concretó la acusación, aludiendo a la existencia de un telegrama del Monarca al general Fernández Silvestre estimulándole a lograr una victoria en relación con el 25 de julio.[1] Aunque parece seguro que el dato no era cierto y a pesar de que el vizconde de Eza, ministro de la Guerra en aquella circunstancia, negó enérgicamente que ningún general hubiera procedido por su cuenta al margen de órdenes recibidas, socialistas y republicanos aprovecharon la oportunidad. Las responsabilidades por el desastre de Annual se convirtieron en catapulta contra la Institución monárquica. Muchos años más tarde Franco recordaría que ésta era la impresión esencial que recibiera.

El 4 de agosto de 1921, siendo todavía presidente del Gobierno Allendesalazar, se creó una comisión presidida por el general José Picasso González para que averiguara «las responsabilidades» que podían exigirse a los protagonistas del desastre. Esta comisión redactaría un informe en forma de expediente, que se publicó inmediatamente después de la caída de la Monarquía y apenas aclaró nada. En la mente de los militares «africanos» se dibujaba una dramática paradoja: corrían el peligro de ser acusados precisamente por haber hecho aquello que, desde su punto de vista, fuera cumplimiento del deber. Y a tantos camaradas muertos en el campo de batalla se les negaba incluso el honor.

La lectura de los periódicos madrileños de 1921 y 1922 permite a los historiadores comprobar cómo se estaba produciendo un paso decisivo en la cuestión de las «responsabilidades»: republicanos de diversas tendencias trataban de servirse de ellas para derribar la Monarquía. Sánchez Guerra trató de presentar el informe Picasso como un medio para circunscribir las «responsabilidades» al ámbito de lo estrictamente militar, mientras que el general Aguilera, presidente del Consejo Superior del Ejército, buscaba el apoyo de los junteros para volverse contra los africanos.

2. Los jefes y oficiales «africanos» tenían los nervios al límite de su resistencia. El exabrupto de Cabanellas contra las Comisiones Mixtas actuó como factor desencadenante: los anuncios de dimisión se sucedieron. Destacaban por su intemperancia las acusaciones formuladas por Millán Astray, utilizadas por los junteros como argumento de indisciplina que fue castigada privándole del mando sobre la Legión (13 de noviembre de 1922). Respondió el vehemente jefe con un manifiesto a la nación, anunciando incluso su salida del Ejército. Le sustituyó Rafael Valenzuela, caballero de la Orden de Santiago, teniente coronel de pericia y valor muy experimentados. Franco, que probablemente había abrigado la esperanza de ser él quien sucediera a Millán Astray cuando éste ascendiese, tuvo un gesto de adhesión a su antiguo jefe y pidió destino en la Península retornando al Regimiento del Príncipe y a sus preparativos de boda. Estando todavía en Marruecos, envió un telegrama, en nombre de

toda la oficialidad del Tercio, concebido en términos muy duros, adhiriéndose a Millán y condenando las Juntas.

En diciembre de 1922 dimitió Sánchez Guerra y se constituyó el que habría de ser último Gobierno de acuerdo con la Constitución de 1876, que presidía Manuel García Prieto.

Un Gabinete de apertura a sectores moderadamente izquierdistas, en el que la figura principal era Santiago Alba. Éste preconizaba, en Marruecos, una especie de retirada del Ejército a posiciones defensivas, relevo de los militares por civiles en la Alta Comisaría y puestos afines y, estimulado por lo que consideraba buenos acuerdos con el Raisuni y 'Abd el-Krim, pactos con los jefes indígenas que, manteniendo íntegro su poder, asegurasen un protectorado meramente político. Sucesivamente ocuparon la Alta Comisaría Miguel Villanueva y Luis Silvela. El general Aguilera como presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar permitió el procesamiento de los generales Berenguer, Cavalcanti y Navarro, causando con ello la irritación de todos los africanos, que se sintieron traicionados y heridos en lo más profundo.

Nada de esto sirvió: la derecha arremetió contra García Prieto mientras que la izquierda se sentía defraudada por las concesiones, que, especialmente en el aspecto religioso, le parecían insatisfactorias. En 1923 Fernando de los Ríos, en la conferencia ya mencionada, en Méjico, sostuvo que el progreso en España reclamaba el desmantelamiento, sobre todo, de la educación católica. Arrancar el crucifijo de las escuelas era una consigna. Otra, impedir el embarque de nuevos soldados con destino a Marruecos. Los generales perseguidos por Aguilera acariciaban la idea de comprometer al Rey en una solución de emergencia, por encima de los Partidos, con nombre de Junta de Defensa.

El 11 de enero de 1923, ante los legionarios formados en el campamento de Dar Drius, Francisco Franco, que desde el 27 de diciembre anterior se hallaba destinado a Oviedo, recibió las insignias de la Medalla Militar que, por suscripción, le regalaron sus compañeros. Seis días más tarde entregó el mando y embarcó hacia la Península; no estaba, por consiguiente, en África, cuando los prisioneros de Annual fueron entregados en la playa de Alhucemas. A su paso por Madrid recibirá un homenaje de adhesión. El Rey le hizo un honor más grande al nombrarle gentilhombre de Cámara con ejercicio, lo que significaba un ascenso social todavía más notable que el que esperaba, aunque los últimos acontecimientos hicieran pesar una amenaza.

Un redactor de la revista *Nuevo Mundo*, Juan Ferragut, que hizo de Franco una descripción un tanto fantástica –«joven y fuerte, que ha merecido bien de su patria»– le pidió una entrevista. Si esperaba obtener declaraciones amargas, del tono de las de Millán Astray, sin duda quedo defraudado. El comandante de la bandera se mostró muy parco en palabras. Reconoció que en julio de 1921 había vivido horas particularmente tensas y angustiosas: «como todos los que fuimos a Melilla, estaba convencido de que nos quedábamos allí». Luego sintetizó en breves palabras su posición en aquellos momentos: «Yo creo que el militar tiene dos épocas, una la de la guerra y otra la del estudio. Yo ya he hecho la primera y ahora quiero estudiar». Tuvo que ser el periodista quien introdujera los párrafos de crítica. «Así como Millán Astray fue el cerebro creador y el verbo entusiasta del Tercio de extranjeros, el comandante Franco ha sido el corazón de esa falange gloriosa que en horas tristes y de fraca-

so, cuando todo se derrumbaba, supo servir de escudo y defensa, de orgullo y estímulo de los prestigios de España». A continuación Ferragut condenaba la política de protectorado civil de Santiago Alba. «La guerra de Marruecos tiende a la burocracia, a la acción política, a esas componendas y pactos que una y otra vez dieron tan funestos resultados... y los mejores, los caudillos, los que cuando el pánico de la derrota vergonzosa cundía supieron ser fuertes, héroes y españoles, abandonan Marruecos».

No para siempre. El Tercio era ya una pieza clave. Uno de los mejores historiadores de nuestros días, sir Raymond G. Carr, refiriéndose a «la Legión extranjera, imitación de la francesa», dice: «Franco no sólo diseñó su uniforme, sino que le imprimió una disciplina férrea como comandante de su primer batallón. La Legión se convirtió en la mejor unidad del Ejército, su elite profesional».[2]

3. Regresaba también de África, con Francisco Franco, su hermano Ramón, que formaba en las nuevas unidades de aviación, persona muy distinta del comandante, al que excedía probablemente en valor pero cuyas tendencias a la disipación habían obligado al primero a hacer expresamente un viaje a Melilla para reprenderle. Como de costumbre, la primera visita fue para la madre, Pilar Bahamonde, que seguía en la soledad de El Ferrol. Ella hizo que su hijo la acompañara hasta el santuario de El Chamorro para rezar en acción de gracias por haber escapado a tantos peligros. Todo un gesto: Francisco era el católico practicante; Ramón, no. Luego, en Oviedo, según comentaría más adelante y sus amigos testifican, organizó todo un programa de lecturas, confirmándose en hábitos de anotación y subrayado de textos que conservaría toda su vida. Siempre dijo de sí mismo que le gustaba mucho leer y los papeles conservados acreditan este punto.

La fama que acompañaba al joven comandante facilitó mucho las relaciones con personas importantes de Oviedo, entre ellas las que constituían la familia de su novia. Se preparó la boda con la esperanza de que el permiso regio sería inmediatamente despachado. Nicolás, el hermano mayor, con uniforme de marino, se encargó de la petición de mano y se fijó para el mes de junio la ceremonia del enlace. No podía prever que en esa fecha iba a producirse un cambio radical en la coyuntura.

Sobre el papel los proyectos de Luis Silvela, que utilizó las buenas relaciones del general Castro Girona con los marroquíes, resultaban acertados: se trataba de llevar, mediante negociaciones, a todos los jefes rebeldes y en especial al Raisuni y a 'Abd el-Krim, a una aceptación de la autoridad civil, en nombre del Sultán y con el respaldo del Ejército español. Pero en la práctica resultaba absurdo esperar que el caudillo de Annual, bien informado de la marcha de la política española, se plegase a una maniobra de esta naturaleza. Cuando el jalifa nombró un «amelbajá» para la zona del Rif (10 de mayo de 1923) todo el juego quedó al descubierto. 'Abd el-Krim, que había rearmado a sus harkeños con dinero español, decidió repetir el golpe de Iberiguen-Annual-Arruit. Escogió, como punto de ruptura precisamente la posición que tantos elogios atrajera hacia Franco, Tizzi Azza. Aquí estaba la Legión; si ésta sucumbía el derrumbamiento era seguro.

La desintegración política, que alcanzaba puntos extremos durante aquel año, iba a favorecer los propósitos del caudillo rifeño. Indalecio Prieto, actuando en el Congreso como portavoz socialista, usaba de una oratoria muy incisiva y eficaz, aun-

que con exceso en los calificativos, para combatir a la Monarquía, a la Iglesia y al Ejército. No sólo hablaba de exigir «responsabilidades» a los mandos militares por los 18.000 muertos en el desastre –no estamos aquí tratando de establecer una cifra exacta sino de referirnos al argumento del político– sino que hablaba de una sustitución del Ejército por unas nuevas Fuerzas Armadas, suprimiendo los tribunales de honor y las Academias, para que los oficiales tuviesen que salir necesariamente de las clases de tropa.

Los anarquistas iban más lejos, prendidos en una espiral de violencia. El 10 de marzo de 1923 fueron asesinados en Barcelona dos conocidos dirigentes de este movimiento, Salvador Seguí, conocido como «el Noi del Sucre», y Francisco Comas, al que se llamaba «Peronas».[3] Como represalia por este crimen los terroristas de la izquierda abatieron a tiros de pistola al cardenal-arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevilla, hombre bondadoso, pastor eficiente, que se había pronunciado precisamente en contra de las violencias que los patronos estaban cometiendo haciendo continuos e inútiles llamamientos a la concordia. Fue un acto que sembró temor y consternación.

II. FRANCO, AL FRENTE DE LA LEGIÓN.

1. Comenzaba el mes de junio cuando 'Abd el-Krim lanzó un ataque en tromba sobre Tizzi Azza. Esta vez la guarnición resistió sin que se repitieran las carencias de dos años atrás. El teniente coronel Valenzuela acudió con otras banderas en auxilio de los sitiados y halló la muerte el 5 de junio. Las comendadoras de Santiago inscribieron su nombre entre los de los grandes maestres y caballeros de la Orden, en su iglesia de Madrid. No ocurrió ningún desastre: oficiales y soldados de la Legión se bastaban. Una opinión unánime se alzó en favor del nombramiento de Franco para mandar el Tercio. A toda prisa, el Consejo de Ministros desbloqueó su ascenso a teniente coronel y le entregó el mando de la Legión, todo en el mismo día (8 de junio). Era el primer ascenso por méritos de guerra desde Annual. En Oviedo, y luego en Madrid, se improvisaron homenajes que no estaban exentos de intencionalidad política: en él estaba la autenticidad, el único modo de enfrentarse con el problema de Marruecos, la fría serenidad y el talento que conducen a la victoria. Lo curioso es que estas opiniones no suscitaban controversia en la oposición. Años más tarde, Indalecio Prieto recordaría en un mitin electoral, tendiendo la mano hacia una reconciliación imposible: «Le he visto pelear en África; y para mí el General Franco, que entonces peleaba en la Legión a las órdenes del hoy también general Millán Astray, llega a la fórmula suprema del valor; es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir homenaje a la verdad».[4] Quien quedó menos satisfecha fue, sin duda, Carmen Polo y Martínez Valdés; otra vez el novio la abandonaba para ir a la guerra.

Al retraerse la fecha del ascenso al 31 de enero de 1922 Franco se había convertido en teniente coronel a la increíble edad de 29 años. Los legionarios compusieron una canción festiva para recibirle, aquella del «comandante Franco es un gran militar que aplaza su boda para ir a luchar». Todo estaba sucediendo con inusitada rapidez: el 5 de junio había muerto Valenzuela y el 18 ya estaba en Ceuta el nuevo jefe, con una avioneta para los desplazamientos de un campamento a otro. El Tercio

era ya una gran unidad táctica, compuesta por seis banderas, cada una con tres compañías de fusileros y una de ametralladoras, más los servicios correspondientes, de modo que equivalía más a una media Brigada que a un regimiento. Además era la mejor fuerza de choque de todo el Ejército español y sus banderas seguían dotadas de tanta autonomía de movimientos que cada una podía operar por sí misma. Así era la situación en aquellas fechas de finales de junio. El número de españoles enrolados había crecido hasta un punto tal que de ningún modo podía considerársela como cuerpo de extranjeros.

Franco tomó inmediatamente contacto con la tropa y tomó parte en algunos combates, desde la vieja base de Uad Lau en el camino de Xauen, para demostrar con el ejemplo lo que estaba explicando por escrito en unas instrucciones definitivas para los oficiales legionarios. Insistía, sobre todo, en la necesidad de mantener contacto permanente con los hombres, conocer sus deseos y estado de ánimo, adelantarse a sus sentimientos y lograr más pronta obediencia. En un artículo publicado en la *Revista de tropas coloniales* dos años más tarde afirmaría que la experiencia marroquí era la base para una reorganización del Ejército, que había que «criticar la exageración que el patrón francés nos trae» y que las banderas de la Legión «podrían con algunas reformas ser el modelo de las modernas fuerzas de Infantería».[5] Doctrina que no sería exclusivamente suya y que se encuentra en la raíz de las Brigadas mixtas que primero los frentepopulistas y luego los nacionales procurarían en la Guerra Civil.

Ser oficial en el Tercio, bajo su mando, no era cosa sencilla: exigía minuciosidad en las cuentas, limpieza escrupulosa de todo el armamento, afecto y comprensión hacia el soldado y, a la vez, energía en el mando, disciplina rigurosa, valor en el combate y moral muy elevada; las instrucciones decían, por ejemplo que «la ofensiva es la salvaguardia de la moral». Por otra parte, Franco no quería hacer de la Legión un mero instrumento deshumanizado para el golpe contundente, sino una unidad militar en el pleno sentido de la palabra: prohibía con grandes amenazas abandonar a un herido en el campo de batalla o salvarse desamparando a los subordinados o a los compañeros. No cabe duda de que también en este caso las amargas experiencias pesaban en su ánimo. Las instrucciones reflejan, todavía, una astucia muy típica en él: nunca se debe cercar completamente al enemigo porque se le obliga a una resistencia desesperada; si se le brinda una puerta de escape se le impulsará a la fuga, y esto conviene porque en la huida los ejércitos se desintegran.

2. Fracasada la política de protectorado civil porque los representantes del jalifa no lograron hacerse reconocer, el alto comisario, Luis Silvela, recomendó al Gobierno una operación de «abandono» –como despectivamente la denominaban los africanos– consistente en el repliegue hacia la costa para situar las tropas en posiciones fáciles de defender, bien comunicadas entre sí. De este modo se evitarían continuos ataques. Esta operación gozaba de amplio respaldo entre los altos mandos del Ejército, incluyendo al general Primo de Rivera que en los inicios de la Dictadura procuraría llevarla a cabo. No eran únicamente los impetuosos «africanos» quienes se oponían, juzgándola como producto de la cobardía: también 'Abd el-Krim pensaba que era confesión de debilidad y anuncio de derrota. El «emir del Rif», en abierta ruptura con las autoridades alauitas, había logrado ayuda extranjera y poseía abun-

dantes armas, incluyendo cañones, para los 9.000 rifeños que constituían su propio Ejército.

En el verano de 1923, buscando en el sofocante calor un aliado, 'Abd el-Krim, fracasado en Tizzi Azza, proyectó una acción resolutiva escogiendo como objetivo inmediato Tifaruin, en la desembocadura del Kert. Fue sin duda un error por su parte elegir un escenario tan cercano a la costa porque él carecía de barcos de guerra y la Armada española iba a poder actuar sin inconveniente alguno. Se trataba de una posición de escasa guarnición cuyo jefe, por singulares circunstancias, era un joven oficial de Transmisiones, el alférez Topete. Los soldados resistieron, en medio de grandes dificultades, sin olvidar el calor y la sed. 'Abd el-Krim, para evitar el demoledor bombardeo de la flota, acercó sus líneas a las de los españoles hasta un punto en que los disparos tuvieran que alcanzarlas. Se improvisó un suministro aéreo. Pero no hubo pánico: las esperanzas rifeñas de conseguir un nuevo Annual se vieron defraudadas.

Desde el aire, el capitán Boy transmitió un mensaje de aliento que incluía la frase: «resistid, que viene Franco». Por medio del heliógrafo los sitiados respondieron: «si viene Franco, resistiremos». Franco llegó, con dos banderas de la Legión formando la vanguardia de la columna de socorro: ideó una maniobra envolvente con sus soldados mientras los regulares sostenían el choque frontal; al sentirse amenazados por la espalda los rifeños huyeron. Era el 22 de agosto de 1923 cuando los sitiados se abrazaban con los que habían llegado a salvarles; el mismo día en que el Boletín Oficial del Ejército publicaba la regia aprobación para el anunciado matrimonio. Ahora tenía que esperar la coyuntura favorable para un permiso, la cual no llegaría hasta el mes de octubre. En conjunto los retrasos en el matrimonio, debidos en gran medida a trámites administrativos, no pueden considerarse excesivos, ni se ajustan al tono novelesco que ha sido proporcionado algunas veces.

Las condiciones en que se estaban desarrollando las operaciones militares obligaron a Franco a permanecer en la región de Melilla, con las primeras Banderas, durante todo el mes de setiembre. Fue aquí en donde tuvo noticia de haberse producido el más original, y el más militar, al mismo tiempo, de los pronunciamientos: el 13 de setiembre de 1923 el capitán general de Cataluña cursó al Rey un telegrama solicitando ser encargado del Gobierno y el Monarca aceptó. La Constitución de 1876 quedó en suspenso, pero no fue anulada. Un Directorio militar, es decir una Junta, se hizo cargo de las funciones de Gobierno.

3. La Dictadura; así se define el Régimen provisional que durante siete años sustituiría a los Partidos de la Restauración. Fue una consecuencia del fracaso de los Gobiernos de coalición, último intento para salvar el sistema canovista, de la presión ejercida por los junteros, de los esfuerzos del general Aguilera, dispuesto como estaba a asumir el poder, de la derrota de Annual y del desorden que se había apoderado de muchas ciudades, en especial de Barcelona, de donde partió la iniciativa. En esta ciudad los niveles de desorden alcanzaban ya una amenaza de desintegración nacional.[6] Los historiadores parecen de acuerdo en admitir que una sola de las causas no hubiera sido suficiente, pero todas juntas desencadenaron la accion. Tendríamos que sumar la crisis de algunas empresas y Bancos, empujados a la quiebra, y el descontento del Ejército.

Los «africanos» aceptaron la Dictadura como salida política inevitable, pero sin manifestar el menor entusiasmo porque Primo de Rivera se había declarado partidario de la estrategia de «abandono».[7] Franco dijo, más tarde, que él «no era entusiasta» de la Dictadura, pero de hecho se convirtió en uno de sus colaboradores y, tras la muerte de Primo de Rivera, defendió constantemente su memoria. Ninguna oposición hubo al golpe de Estado que satisfizo a muy amplios sectores de la población española. Incluso los sectores del Socialismo que dirigía Largo Caballero aceptaron colaborar con ella. El propio Largo fue designado consejero de Estado. Las críticas contra la Dictadura, y su creación, en la que podemos llamar historiografía de inspiración socialista, tienen origen muy posterior.[8]

Don Miguel Primo de Rivera, que prometió, al asumir el poder, que la Dictadura tendría muy corta duración, probablemente hablaba de buena fe: una vez resueltos los problemas que requerían solución quirúrgica –en este punto enlazaba con los regeneracionistas– se llegaría a una normalidad institucional capaz de asegurar el funcionamiento de la Monarquía. Admirador de Mussolini, como lo eran entonces muchos europeos, entre ellos el propio Rey, estaba muy lejos del fascismo: era un gobernante autoritario y paternalista al mismo tiempo;[9] probablemente le faltaban, por esta causa, condiciones de frialdad que le permitiesen, en el momento de tomar decisiones, prescindir de sus criterios y afectos, a menudo muy personales. Al explorar las razones de que Franco, reticente al principio, acabara admirando la Dictadura y tomándola como ejemplo para su propio proyecto político, siempre encontramos los éxitos económicos que aquélla alcanzó en muy breve tiempo así como la liquidación del problema marroquí. Ésta fue opinión bastante generalizada en España donde el hombre de la calle llegó a creer que era suficiente la suspensión del ejercicio de la «política» absolutamente desprestigiada para que el país, restaurado en orden y paz, comenzara a trabajar y a producir.[10]

Los escritos posteriores, a veces muy dispersos, permiten reconstruir el pensamiento y juicio de Franco acerca de la Dictadura: ante todo le parecía haberse extraído de ella una experiencia, a saber, que la prosperidad de un país depende de que exista orden público y cesen las querellas políticas. Las advertencias que entonces hicieron Unamuno y Ossorio y Gallardo –un régimen de excepción compromete el futuro precisamente de la Institución que lo ampara– quedaban muy lejos de sus convicciones. Al contrario, el Generalísimo achacaría a la Monarquía «gran ingratitud» con don Miguel. Por otra parte, la Dictadura venía a ser como término de llegada en un proceso desencadenado por las Juntas de Defensa, en 1917: los militares se sintieron llamados a enmendar las debilidades y errores de los políticos, e incluso a sustituirlos cuando no quedaba otro remedio; al principio, el dictador compartía incluso el criterio de éstas en relación con Marruecos.[11] De ahí el recelo de los «africanos» que no fue obstáculo para que apoyasen sin reservas a la Dictadura. Siempre que se refería a ésta el Generalísimo colocaba «la pacificación de Marruecos» como el primero y principal de sus logros.

4. Francisco Franco, que había sido citado una vez más en la orden del día 14 de setiembre de 1923, pudo obtener permiso reglamentario para celebrar su matrimonio. Salió de Melilla hacia Ceuta el 6 de octubre, cruzó el Estrecho el 13 y estaba en Madrid el 14. Había solicitado una audiencia de Alfonso XIII para agradecerle el

doble honor del nombramiento de gentilhombre y de que el Monarca figurara como padrino en la ceremonia fijada para el 22 de octubre. Fue invitado a almorzar a palacio. De la entrevista, sin duda muy importante, tenemos cuatro testimonios, muy tardíos.[12] Sobremanera relevante fue el recuerdo que la Reina doña Victoria Eugenia confió a Gregorio Marañón, hijo, en 1963: había encontrado a Franco silencioso y tímido, pero el Rey le comentó después que, pese a su aspecto, era el mejor militar con que podía contar en África. Aun aplicando fuerte sentido crítico a recuerdos posteriores en treinta años a los hechos, puede admitirse que el Jefe del Tercio transmitió al Monarca los recelos que eran corrientes en Marruecos, al menos en tres puntos:

- veían detrás del Dictador una «influencia del espíritu juntero, aún no desaparecido del todo» y esto les preocupaba negativamente;
- «por patriotismo», cuando comprobaron que «Su Majestad había entregado el poder» a Primo de Rivera, todos los africanos apoyaban la Dictadura;
- por último estaban convencidos de que el «abandono» era la peor política que podía imaginarse porque conduciría a una lenta sangría: sin término.

Probablemente Franco explicó a don Alfonso lo mismo que acababa de escribir en el *Diario de un bandera*: la insurrección en Marruecos era cuestión limitada a los Banu Urriaguel; era falsa la idea de que la mayoría de los marroquíes fuesen contrarios a España. La actitud predominante se inclinaba a la paz y a la colaboración con los españoles de tal manera que si se ocupaba aquel territorio mediante desembarco directo en Alhucemas la guerra terminaría. No se atribuyó la paternidad de la idea –«la cosa estaba en el aire»– aunque sí la puntualización de la operación. No recordaba, sin embargo, que hubiera tenido oportunidad de explicar todo esto a Primo de Rivera durante la cena a que fue invitado esa misma noche. Franco quedó convencido de que había logrado un cambio de opinión en el Monarca.

Luego vino la boda en la iglesia de San Juan en la fecha prevista. Por enfermedad grave de un tío de la novia no se habían cursado invitaciones pero la nave central y la calle delante del edificio estaban llenas de público que aplaudió cuando la pareja salía. La novia portaba joyas muy valiosas, afirmación de una herencia que compartían varias familias de la peculiar alta burguesía asturiana, Vereterra, Polo, y Martínez Valdés, entroncadas con el viejo hidalguismo característico del Principado. Franco vestía el uniforme de la Legión y no el de etiqueta del Ejército, pero ostentaba los signos exteriores de su prodigioso salto adelante: las cuatro condecoraciones que le situaban en primera fila. Como el Rey y la Reina figuraban como padrinos –les representaba el gobernador de Asturias– la comitiva nupcial desfiló bajo palio. Los periódicos asturianos y también algunos madrileños, exprimieron al máximo su retórica:[13] había interés en destacar al jefe del Tercio como una especie de héroe nacional; lo importante era, sin embargo, que dejando atrás las estrecheces ferrolanas, Franco estaba demostrando la naturaleza del salto social por él conseguido.

5. Pasó el invierno y también la primavera de 1924 en un compás de espera, verdadera tregua, inquietante para los cien mil combatientes españoles que tenían la mano puesta sobre el fusil. Franco estuvo en Madrid entre los días 23 y 29 de noviem-

bre de 1923 y cumplimentó a Primo de Rivera, que acababa de regresar de un viaje a Italia acompañando a don Alfonso XIII. La admiración demostrada por el Dictador y por el Rey hacia Mussolini ha dado pie a interpretaciones casi siempre erróneas de filofascismo: en 1923 los más diversos sectores de opinión se mostraban en extremo favorables al antiguo socialista que parecía estar logrando la recuperación de una nación antes dividida solucionando problemas que parecían antes insolubles. La definición del fascismo como totalitario vendría más tarde como consecuencia de la evolución del propio régimen.

En Marruecos el compás de espera venía impuesto por la toma de decisión que no se produjo hasta el verano de 1924. Fue aprovechado por 'Abd el-Krim para perfeccionar su República: un embrión de gobierno y un ejercito casi tan numeroso como el español allí destacado, le permitían presentarse como un jefe de Estado, no reconocido oficialmente por nadie pero que mantenía representaciones en diversas capitales. En enero de 1924 llegó a solicitar el ingreso en la Sociedad de Naciones. Su pensamiento principal seguía estando anclado en 1898, el año de la destrucción del Mahdí, con la esperanza de ser él quien iniciara la victoria islámica contra el colonialismo europeo.

Colonialismo era entonces una palabra clave, que no estaba teñida de aire negativo o pesimista, como sucedió después, sino de ecos heroicos, como en un nuevo espíritu de la caballería puesto al servicio de un hombre blanco civilizador, valiente, que siente aprecio por el escenario de sus hazañas y sus habitantes. No hacía mucho tiempo que Rudyard Kipling recibiera el premio Nobel y los escaparates de las librerías hacían hueco a las novelas de Wren (Beau Geste, Beau Sabreur, Beau Ideal) que exaltaban a la Legión. El prestigio militar de Franco, elevado a rango nacional, se volcaba ahora también en una nueva empresa, la de la *Revista de tropas coloniales*, de la que llegó a ser director. El objetivo por él perseguido era recoger las valiosas experiencias de la guerra de Marruecos para superar una situación de «constante ensayo, en que los frecuentes cambios de personas y política, hicieron perderse las enseñanzas de tanto trabajo y de tan costosas lecciones».[14] Publicó en la *Revista* un total de 46 artículos, a partir de enero de 1924, defendiendo la nueva experiencia militar y también los beneficios que a las poblaciones indígenas procuraba el colonialismo.

III. EL ENFRENTAMIENTO CON PRIMO DE RIVERA.

1. El año 1924 se anunciaba como especialmente duro para los españoles en Marruecos. El Directorio militar había tomado ya la decisión de repliegue a las posiciones de la costa, lo que incluía la evacuación de Gomara y Yebala, incluyendo a Xauen, es decir, todas las conquistas ejecutadas dentro del plan Berenguer, desde 1920. Para el antiguo alto comisario esto constituyó casi una injuria: guardó siempre especial resentimiento hacia Primo de Rivera por esta causa. Juzgando de un modo superficial –ya lo hemos visto en los recuerdos de Franco– que aquello era una capitulación ante el criterio de los «junteros». Pero había razones de peso que aconsejaban este sacrificio. Como resultado del plan Berenguer y del desastre de Annual, que lo cuarteó, el Ejército español tenía 100.000 hombres desplegados en el Protectorado, en

muy malas posiciones, corriendo grandes riesgos y soportando deficiencias insalvables de avituallamiento. El Directorio militar creado por Primo de Rivera estaba amedrentado por la idea de un nuevo Annual que, sin duda, no habría podido resistir.

Pero en el lado de enfrente no cabe duda de que 'Abd el-Krim estaba obteniendo grandes beneficios de aquella política. Tenía a sus órdenes alrededor de 80.000 hombres a los que sujetaba por medio de una disciplina férrea de la que se encargaban sus fieles, los Banu Urriaguel. Si los españoles abandonaban Yebala, él vendría a instalarse en este territorio, más abundante en recursos que el sector oriental. Los partidos de izquierda, en toda Europa, estaban moviendo corrientes de simpatía hacia el movimiento rifeño. La URSS envió a un coronel de Artillería, Serguei Kuguschev, para que adiestrara a los marroquíes en el manejo de los cañones. 'Abd el-Krim contaba también con un técnico alemán, Joseph Klemms, que se ocupaba de las piezas del 7'5 y 10'5 que procedían de la casa Schneider. También andaba por el Rif un financiero inglés, sir Charles Gardiner, que proyectaba la fundación de un Banco Exterior para canalizar los recursos de la República, especialmente los procedentes de las minas de hierro, que pensaba explotar.

España se enfrentaba con una fuerza revolucionaria internacional, todavía muy discreta, pero que se evidenciaba ya en muchos lugares y que tomaría, en los años 50, la etiqueta del anticolonialismo. El colonialismo era empresa de los movimientos conservadores mientras que el anticolonialismo –resumiendo la etiqueta de Lenin– era asumido por todos los revolucionarios. La guerra contra 'Abd el-Krim se hacía, en el fondo, para defender la autoridad del Sultán: sin la presencia de tropas españolas y francesas dicha autoridad desaparecería. Esto movía a Franco a afirmar, no sólo en sus artículos sino también en la conversación con el Rey, que la mayor parte de los marroquíes estaba con el poder constituido y no con el rebelde. Durante los primeros meses de 1924 el Tercio, con su jefe, siguió combatiendo en el sector oriental; de nuevo acudió Franco personalmente a Tizzi Azza. Se abría paso la convicción de que gracias al Tercio, un nuevo Annual resultaba imposible. Pero se extendía el rumor de que también aquellas posiciones del valle del Kert, conquistadas y defendidas con gran esfuerzo, entraban en el plan de «abandono».

2. Por circunstancias que no estamos en condiciones de aclarar, Francisco Franco hubo de actuar en ese año 1924 como una especie de portavoz de todos los «africanos».[15] Por un oficial de Estado Mayor tuvo noticia de que los planes para la ejecución de la retirada estaban ya concluidos. Aprovechó entonces una entrevista con el alto comisario, general Aizpuru, para advertirle que si esta noticia se hiciese pública provocaría un levantamiento en toda la zona de tal naturaleza que desembocaría en «un desastre». Era, a su juicio, uno de los casos de desobediencia legítima contemplada en el Código. Adivinando una resistencia, el general Monterio, que ostentaba la Comandancia de Ceuta, aprovechó la recepción de la Pascua Militar (6 de enero de 1924) para pedir a todos los presentes que empeñasen su palabra de honor en la obediencia, «fuesen las que fuesen las órdenes de los superiores». Cuando llegó el turno a Franco, éste se negó: las órdenes –dijo– de acuerdo con las Ordenanzas y el Código deben cumplirse siempre que no atenten a lo que las propias leyes militares y el honor del soldado disponen. Y un auditor presente apostilló que nadie está autorizado a obedecer la orden de un superior en rebeldía. Todos los jefes presentes

corroboraron la opinión de Franco. Lección moral muy profunda: no se justifican acciones en sí mismas ilícitas alegando que se realizan bajo «obediencia debida».

Este incidente nos ayuda a comprender muchos aspectos de la conducta posterior de Franco en situaciones más conflictivas que ésta: partiendo de la diferencia que existe entre legalidad y legitimidad, afirmaba que no era suficiente que la orden recibida estuviese provista de todos los condicionamientos legales que otorgan los hombres; era imprescindible que lo ordenado fuese lícito y no contraviniese a los imperativos de la recta conciencia. La obediencia es una virtud, no un mecanismo de sumisión. Fue así como resolvió en 1936 su línea de conducta, despues tle haberla comunicado al ministro de la Guerra, su superior: a su juicio la República encaminaba el país a la destrucción y hubiera sido ilícito obedecerla. No estamos intentando aquí *dar la razón* a Franco –un historiador explica pero no juzga– sino *dar razón* de su actuación. Lógicamente sus enemigos dirán que se trata de un subterfugio, pero esos mismos enemigos procedieron de idéntica manera en 1934 al sublevarse contra una República que, a su juicio, había perdido legitimidad.

Franco estaba convencido de que la noticia de lo ocurrido durante la Pascua militar había sido causa de que Primo de Rivera decidiera ir a Marruecos, asumiendo la plena responsabilidad de su plan de operaciones. El prestigio del Dictador entre los africanos creció precisamente por esta causa: no era don Miguel persona que descargase sobre hombros ajenos las responsabilidades conflictivas. Primero envió a Sanjurjo para posesionarse de la Comandancia de Melilla (abril de 1924), sabiendo que este nombramiento despertaría la simpatía de los africanos. Coincidiendo con su presencia, 'Abd el-Krim hizo un nuevo intento de romper el frente oriental por Sidi Messaud pero, en una contraofensiva muy dura, Franco rechazó el ataque y, contra todo pronóstico, liberó también la posición de Koba Dersa.[16]

El hermano de 'Abd el-Krim, moviéndose por líneas interiores, había pasado, con una parte de la harka, al frente occidental para organizar un levantamiento contra el Raisuni. La consigna era apoderarse de Xauen, porque allí, previa limpieza de enemigos, proyectaba establecer el emir la capital de la República. Franco volvió a Ceuta el 4 de junio, movilizando también las Banderas del Tercio. Estaba en Uad Lau, el conocido campamento de la Legión asociado a sus orígenes, cuando recibió la noticia del viaje de Primo de Rivera y de la necesidad de que le acompañara.

3. Franco recordaba cómo, obedeciendo órdenes de Sanjurjo, había hecho el viaje de Ceuta a Melilla, en el crucero Reina Victoria Eugenia, formando parte del séquito del dictador, el 19 de julio de 1924. Al día siguiente pasó revista en Ben Tieb a tres banderas del Tercio y algunos tabores de Regulares y aceptó el desafío de sentarse a la mesa con los oficiales que formaban el núcleo principal de la oposición a sus proyectos de retirada.[17] Sanjurjo encargó a Franco que pronunciara las breves palabras de ofrecimiento y tomó asiento a la derecha del dictador, preocupado al parecer por lo que pudiera ocurrir. La comida se sirvió en un barracón que era dormitorio de tropa; se habían eliminado las inscripciones tan abundantes pero aún quedaba una que, por dificultad o por otra causa, sobrevivió a la operación de limpieza. Hacía referencia –recuerda Franco– «al espíritu de fiera y ciega acometividad de la Legión». Por mucho que nos divierta tenemos que desechar la anécdota, mascullada durante años por legionarios, de que en aquella comida sólo se ofrecieron platos compues-

tos de huevos.[18] Franco hizo el ofrecimiento y repitió lo que antes alegara ante el general Aizpuru: si Primo de Rivera había ido a recoger las opiniones de los jefes y oficiales, éstas eran absolutamente contrarias al abandono.

Entonces se levantó don Miguel y, tomando pie de la mencionada inscripción, dijo que debía ser cambiada por otra que aludiese a la «férrea disciplina». En un extremo de la mesa uno de los comensales dijo «muy bien» y Varela, que estaba enfrente, replicó en voz alta: «mal, muy mal», mientras le zarandeaba. Impuesto el silencio, Primo de Rivera concluyó su discurso. No hubo ni un solo aplauso. Colérico, el general se volvió a Franco y le dijo: –«para esto no debiera Vd. haberme invitado». A lo que el teniente coronel replicó: –«yo no le he invitado a Vd.; me lo ha ordenado el comandante general y si no es agradable para Vd., menos lo es para mí». Con una impetuosidad muy característica, el general cambió sobre la marcha un elogio hacia la oficialidad diciendo que era mala. –«Mi general –replicó Franco– yo la he recibido buena. Si la oficialidad ahora es mala, la he hecho mala yo». El teniente coronel tranquilizó a sus subordinados diciendo que la responsabilidad era únicamente suya. Fue citado para presentarse ante el dictador a la una de la madrugada, porque Primo de Rivera tenía previsto asistir a una función de teatro después de cenar.

De la entrevista con el dictador en la Comandancia de Melilla, a hora tan intempestiva, estamos mucho menos seguros. El tiempo transcurrido desde el incidente y la diversión disiparon la cólera, de modo que cuando llegó –Franco estaba sentado en el antedespacho y se puso inmediatamente en pie– tranquilizó al teniente coronel: –«no se preocupe Vd.; ha hecho Vd. bien» rechazando la dimisión que éste le presentaba.[19] Durante dos horas hablaron, naturalmente del proyecto Alhucemas, que tanto preocupaba. De allí salieron algunas cosas importantes, en especial el aprecio y lealtad de Franco hacia Primo de Rivera al que calificó de «todo un caballero», también la continuidad de su presencia como jefe del Tercio; y sobre todo el compromiso de obediencia para la parte más difícil del plan, el abandono de Xauen.

No cabe duda de que Primo de Rivera había ido a África en julio de 1924 para conseguir, en contacto directo con sus compañeros de armas, una adhesión de éstos al plan de retirada que tenía absolutamente decidido. No la logró, pero sí, en cambio, la seguridad de que la disciplina militar no iba a romperse, y que aquellos soldados iban a obedecer con eficacia. Parece seguro también que, al adquirir sobre el terreno una constancia directa de la situación, modificó el plan en forma decisiva: el repliegue no sería «abandono» sino reagrupación de fuerzas para llevar a cabo mejor el golpe decisivo. Y ésta fue la verdad oficial que posteriormente se estableció.

IV. LA HORA SOMBRÍA DE XAUEN.

1. En uno de sus artículos para la *Revista de tropas coloniales*, que tituló «Política beréber», Franco, tras imaginar una conversación con uno de los nobles amigos de tierras marroquíes, condensaba en pocas palabras el credo del colonialismo que él sustentaba: los españoles «generosos y justos» trataban de llevar a Marruecos el progreso simbolizado por los ferrocarriles, las carreteras, la enseñanza, la justicia y las

casas, y se encontraban con una resistencia que nacía del hecho de que la población berberisca no se transformaba y, por ello, carecía de las condiciones precisas para agradecer los beneficios. «Han de pasar años antes de que florezca en estos campos la flor de la gratitud».[20] Hemos de recordar esta frase para comprender su profunda decepción en 1956. Por su parte 'Abd el-Krim, al recordar el año 1924 consideraría la retirada de Xauen como «la mayor derrota colonial» de los europeos.

Los informes recogidos por el servicio secreto español confirmaban la intención del caudillo del Rif, de desplegar, aquel verano, una gran ofensiva en el sector occidental del Protectorado, a fin de eliminar al Raisuni y unificar ambos sectores. El general Castro Girona convenció al alto comisario de la necesidad de acumular allí las principales fuerzas operativas. Por eso las tres banderas que estaban en Ben Tieb fueron trasladadas al sector occidental, dejando a José Enrique Varela el principal cometido de la defensa de Melilla con sus Regulares. Todas las noticias, confidenciales o públicas, se enviaban directamente a Primo de Rivera que había asumido la plena responsabilidad de la llamada «operación Estella», consistente en suprimir nada menos que 400 posiciones y blocaos.[21] Al término de la misma las unidades españolas quedarían desplegadas en la zona costera, desde Larache a Ceuta, teniendo en Tetuán la punta de vanguardia.

El repliegue español comenzó en agosto de 1924, teniendo Uad Lau como uno de los puntos fundamentales, ya que se trataba de acudir primero en socorro de cada posición, incorporar hombres y material y llevárselos. El general Julián Serrano Orive tenía el mando: cualquier error, como el que cometió el teniente Fermín Galán, que había señalado la existencia de pozos que no pudo encontrar, podía concluir en desastre. Franco libró, con su intervención personal, al futuro rebelde de Jaca de un consejo de guerra sumarísimo que el general Serrano quería celebrar. Los nervios estaban excitados, y el recuerdo de Annual pesaba en todas las conciencias. Comenzaba a producirse la temida deserción de los soldados indígenas, que no soportaban la idea de una derrota. Ésta llegó el 30 de agosto, cuando los legionarios que marchaban en socorro de la posición Solano no pudieron alcanzar su objetivo y se retiraron para evitar el envolvimiento. A los pocos días Solano y Tizzi Azza sucumbieron.[22] Serrano Orive tuvo una crisis de abatimiento pero la superó. Fue por estas fechas cuando se produjo el primer contacto entre Franco y el teniente coronel Emilio Mola Vidal que figure en nuestros datos.

La situación en Yebala y Gomara fue muy seria: tanto o más que en el frente del Kert antes de Annual; cualquier gesto de pánico podía desencadenar el desastre. Por eso la frialdad con que Franco supo cubrir primero la vanguardia y luego la retaguardia en la gran retirada fue considerada como decisiva. La Dictadura ofreció además el complemento precioso y necesario: ni el Gobierno, ni la prensa, ni la retaguardia pudieron flaquear en aquella nueva ocasión. El 5 de setiembre don Miguel Primo de Rivera abandonó Madrid, acompañado de algunos miembros del Directorio y fue a instalarse en Tetuán, en el centro del dispositivo.[23] Esta presencia tuvo efecto muy beneficioso para la moral de las tropas.

También los oficiales africanos dieron medida del sentido de disciplina que habían llegado a adquirir: obedecieron aunque durante mucho tiempo estuviesen convencidos de que se trataba únicamente de un repliegue, y no de otra cosa. En el primer comunicado que se emitió en Tetuán, el 10 de setiembre, no había alusión

alguna a una futura ofensiva.[24] Tan sólo el 13 de diciembre encontramos la primera mención de que el repliegue era preparación de un salto adelante. Sólo el general Queipo de Llano fue fulminantemente destituido y enviado a la Península, como sospechoso de una tentativa de desobediencia.[25]

2. La operación fundamental, la más comprometida, evacuación de la ciudad de Xauen y de las numerosas posiciones que se establecieran para su protección, fue concebida y ejecutada en tres fases: a) limpieza de los macizos montañosos que rodean Tetuán; b) ensanchamiento y seguridad del camino directo desde aquí a la ciudad santa; y, c) retirada hasta las líneas seguras del norte. En todas ellas el Tercio, con Franco, tenía asignada una misión difícil y muy destacada, que cumplió. Como el embarcadero de Uad Lau no reunía un mínimo de condiciones, se decidió prescindir de él: un joven comandante de 28 años llamado Agustín Muñoz Grandes se encargó del desmantelamiento, que concluiría con éxito dentro del mes de noviembre. La revuelta que se extendía por Yebala había tenido como consecuencia el cerco de las tres posiciones, Zoco el Arbaa, Xeruta y Dar AkKoba. Las baterías alemanas de Joseph Klemms apuntaban a Tetuán desde el macizo de Beni Hosmar.

El mando supremo sobre las columnas encargadas de llegar a la ciudad santa, fue ostentado por los generales Castro Girona y Federico Berenguer. Las banderas del Tercio constituyeron al principio su vanguardia. Entre los días 18 y 23 de setiembre, Franco guió a sus legionarios por las Peñas de Gorgues hasta asegurarse el dominio de Hosmar. Entonces pudo Castro Girona liberar Zoco el Arbaa, que retuvo como base para la retirada ulterior, mientras Serrano Orive se adelantaba a socorrer Xeruta y Dar Akkoba, donde Emilio Mola había resistido muy fuertes ataques. Abierto el camino se ordenó a la Legión que pasara a cubrir la retaguardia a fin de mantener despejadas las comunicaciones; Franco sufrió la segunda de sus derrotas en la campaña, al ser rechazado con pérdidas cuando intentaba salvar la guarnición de Abada, que sucumbió. Nos hallamos todavía en el mes de setiembre de 1924. El grueso de las columnas pudo llegar a Xauen sin novedad: los macilentos legionarios, con su jefe, no lo hicieron hasta el 2 de octubre. Comenzaba la segunda estancia de Francisco Franco en la ciudad.

3. «Xauen, la triste».[26] Así la definió Franco en sus anotaciones de aquellos días, consciente de que estaba viviendo la gran hazaña. Los soldados procedentes de posiciones y blocaos que se abandonaban, estaban llegando en pequeños grupos a la «misteriosa ciudad del monte». A principios de noviembre de 1924 se hallaban reunidos diez mil hombres, la mayor fuerza que hasta ahora se hubiese concentrado en un solo punto durante aquella guerra. No se trataba de una máquina operativa: abundaban los enfermos, los heridos, los desmoralizados por el agotamiento; y todavía tenían que emprender el viaje a Tetuán custodiando una abundante población civil con sus enseres a cuestas. Una retirada como aquella había costado la vida a Fernández Silvestre, la fama a Navarro, la sangre a más de diez mil soldados: ¿cómo evitar que una sombra de pesimismo planease sobre la ciudad triste?

Franco se trasladó en avión a Ceuta (5 a 10 de noviembre) para recibir las últimas instrucciones y ver a su mujer que, muy pronto, tendría que pasar por el amargo trance de la zozobra y el miedo. Se había dispuesto que el general Serrano Orive,

con las unidades mejor dispuestas, ocupase el flanco izquierdo, donde se suponían los ataques más fuertes, mientras Castro Girona desfilando por la derecha, custodiaría a los funcionarios civiles y sus familias y a los judíos y moros que temían las represalias de 'Ab el-Krim. Franco y la Legión tenían que cubrir la retaguardia, permaneciendo en Xauen el tiempo necesario, sirviendo de escudo en la terrible retirada. El fracaso del teniente coronel sería señal de desastre.

En la noche del 15 de noviembre toda la impedimenta fue cargada en camiones y otros vehículos: los soldados marcharían a pie. Antes de que amaneciera los habitantes de Xauen, «arrebujados en sus chilabas blancas» salieron a contemplar, desde la ladera del Kala, el espectáculo que ofrecía el campamento desmantelado, a comprobar que los españoles se iban, unos con angustia temerosa y otros con secretas esperanzas. Poco antes de la puesta del sol del día 16 el último camión se perdió de vista «oscilando entre nubes de polvo, por la pendiente de la carretera serpenteante e inverosímil». Los legionarios permanecían animando un improvisado zoco en donde los indígenas malbarataban sus pertenencias, condenadas al próximo saqueo.

Durante algo más de veinticuatro horas, un teniente coronel llamado Francisco Franco, de 31 años de edad –faltaban dos semanas para un nuevo aniversario– mantuvo la ciudad con las cinco banderas de la Legión; una fuerza sin duda insuficiente en el caso de que 'Abd el-Krim se decidiera a lanzar todas sus unidades a un asalto. Horas largas y tristes: los soldados arrancaban las placas con nombres españoles y plegaban las banderas amenazadas de profanación. Para expresar su propio pensamiento, Franco recurrió a la ficción literaria de colocarlo en boca de un anciano musulmán. «¿Por qué turbasteis vuestra vida si habíais de abandonarnos? ¿Por qué permitís que la ciudad antes rebosante se vea hoy abandonada y muerta? Dentro de pocos días, tal vez horas, nuestra pobre Xauen será saqueada por las gentes rebeldes». A este pensamiento no podía hallar respuesta. Durante dos noches y el día que las separa, apenas tuvo tiempo para dormir: contaba el dinero, ordenaba los pertrechos, revisaba las duras tropas bajo su mando que iba a conducir a una marcha suicida, trataba de ocultar lo que ya era un secreto a voces: Xauen era entregada sin lucha a un enemigo implacable, y los laureles de Dámaso Berenguer se arrojaban al fuego. Para ganar tiempo engañando a 'Abd el-Krim, ideó una argucia de guerra colonial muy semejante a la que P.C. Wren incorporó a su novela *Beau Geste*: situar en las murallas muñecos con uniformes de legionarios, susceptibles de ser tomados por defensores. Se sabía que durante dos jornadas, Serrano Orive había sufrido asaltos muy duros.

4. En la madrugada del 18 de noviembre de 1924 el Tercio, en silencio, abandonó Xauen, tratando de establecer contacto con las otras dos columnas que discurrían mas lentas. Con las luces del alba los rifeños, percatados de que no había guarnición en la ciudad, concentraron sus esfuerzos en el hostigamiento de la Legión: toda una jornada de fuego incesante hasta alcanzar Dar Akoba; aquí estaba todavía la guarnición española pero no la mandaba Emilio Mola sino José Miaja. Hubo un breve descanso para el sueño. El 19 de noviembre los legionarios alcanzaron en Cheruka al grueso de la columna Castro Girona. Comenzó a llover. Bajo el agua fría y sobre el barro de los caminos la Legión estaba cubriendo la retaguardia y así llegó hasta Zoco el Arbá; dos malas noticias vinieron entre tanto, la de la muerte de Serrano Orive

–que obligó a fundir las dos columnas en una– y la del fracaso de los refuerzos enviados desde Larache para sostener esta posición.

'Abd el-Krim pensaba repetir en Zoco el-Arbaa la maniobra que le diera la victoria de Annual, pero no pudo hacerlo: se trataba de fuerzas más aguerridas y mandadas por jefes a quienes la experiencia enseñara a mantener el valor necesario. Durante dos semanas la posición fue defendida con orden[27] al mismo tiempo que se reparaban las fuerzas. Al fin, el 10 de diciembre se repitió la maniobra de Xauen, evacuar delante la columna y dejar a la Legión que contuviese al enemigo. De nuevo el teniente Fermín Galán salta a los partes de guerra, aunque esta vez por sus prodigios de valor. 'Abd el-Krim fue derrotado. El 13 de diciembre, con los fusiles limpios y la ropa cepillada, el Tercio desfiló en Tetuán ante Miguel Primo de Rivera. La larga pesadilla de Xauen ha terminado, las bajas pueden considerarse escasas y el teniente coronel Franco no ha recibido ni un rasguño. Los extraordinarios servicios prestados en esta ocasión serán premiados con la segunda Medalla Militar y con un nuevo ascenso a coronel por méritos de guerra.

Xauen representa algunas cosas más en la vida del hombre. En las notas dispersas que venimos comentando, hallamos de nuevo dos palabras: «Retirada. Xauen», las cuales, sin duda, nos revelan la importancia que, en su mente, revestía este episodio. El reencuentro con su esposa en Ceuta, el 14 de diciembre, después de las terribles semanas vividas, fue como la salida de un profundo túnel; ella, muy religiosa, le ayudó a conducir la alegría del éxito hacia un sentimiento más hondo de confianza en la Providencia de Dios, que le había preservado en medio de tantos peligros. También se había templado definitivamente su espíritu militar en la obediencia –incluso cuando las órdenes van en contra de lo que uno mismo considera acertado, según recordaría en el famoso discurso de Zaragoza– llevada al límite extremo de la resistencia humana. No es en el banquete de Ben Tieb, ni en las leyendas que suscitó, ni tampoco en la conversación colérica con Aizpuru en Tetuán o con Queipo de Llano el 21 de setiembre, si es que tuvo lugar, donde aparece el Franco definitivo, con sus virtudes que otros considerarán defectos. Primo de Rivera lo reconoció así cuando hizo el cálido elogio y, sobre la marcha, firmó el nombramiento de coronel (7 de febrero de 1925): la Legión fue ampliada para que pudiera seguir ostentando su mando.[28]

V. ALHUCEMAS.

1. No pudo el jefe del Tercio de voluntarios disponer de muchos días de descanso, pues, como debía haberse previsto, la retirada de Xauen fue seguida de un formidable levantamiento en Anyera y de fuertes ataques en los dos sectores que obligaron a crear mandos especiales para la defensa. Por primera vez Franco es encargado de uno de ellos, de modo que el día en que fue firmado su ascenso se hallaba en el campo de operaciones. Las Navidades de aquel año fueron todo menos tranquilas. Aunque la propaganda oficial trataba de ocultarlo, la retirada arrojaba un saldo muy desfavorable, en pérdida de vidas humanas, ruina de personas y debilidad militar que afectaba incluso a Tetuán y Ceuta, las ciudades que se había pretendido reforzar: Alcazarseguer (El Ksar Seghir) que no estaba previsto evacuar también se perdió. Algunos

periódicos extranjeros utilizarían, al referirse a Xauen, la misma expresión que 'Abd el-Krim incorporaría luego a sus *Memorias:* «la derrota colonial más importante de los últimos tiempos».[29] El 25 de enero de 1925 las harkas vencedoras entraron en Tazarut, aprisionando al Raisuni, el viejo cacique de Yebala que, en la última etapa de su vida, intentaba de nuevo un acuerdo con los españoles, temeroso de los matices socialistas muy marcados que se a preciaban en la flamante república del Rif. El 19 de abril del mismo año una escueta noticia dio cuenta, desde el cuartel general de 'Abd el-Krim, del fallecimiento del Raisuni de esa enfermedad que se llama la flor».

La primera operación encomendada al coronel Franco fue la reconquista, mediante desembarco, de Alcazarseguer, utilizando barcazas K, que eran las mismas que emplearan los ingleses en Gallipoli. Preparada desde mucho antes tuvo que demorarse hasta que la marejada atlántica lo permitiese. Se disponía ya el ensayo de lo que iba a ser Alhucemas. En el guardacostas Arcila, que participaba en la empresa, se produjo un encuentro histórico: un alférez de navío, segundo en el mando, se acercó al coronel para ofrecerle un plato de migas marineras, desayuno típico en la flota, pero Franco le explicó que desde El Biutz tenía costumbre de ir al combate en ayunas porque esta circunstancia, meramente fortuita, le había salvado la vida en aquella ocasión. El alférez se llamaba Luis Carrero Blanco y había nacido en Santoña.[30] Franco olvidó el episodio, pero el futuro almirante no.

El 30 de marzo, bajo el fuego enemigo, tres banderas de la Legión y una mehalla toman tierra en la playa y se apoderan de Alcazarseguer. Franco retornará a Ceuta el 1 de abril. Desde lejos, Primo de Rivera seguía con atención el resultado de este combate, coincidente en el tiempo con la gran ofensiva rifeña contra el Ejército francés: la operación Alhucemas, preparada desde tiempo atrás, contaba con razonables perspectivas de éxito. El dictador firmó la orden el 17 de abril. Desde entonces convirtió en una cuestión de prestigio personal su ejecución. Atención a los nombres: en el equipo de Estado Mayor encargado de planearla figuraban los coroneles Manuel Goded y Joaquín Fanjul, y los comandantes Antonio Aranda y Antonio Barroso, a los que volveremos a encontrar.[31] Miguel Primo de Rivera abrigaba el convencimiento –y no se quivocó– que ahí estaba precisamente el éxito que justificaría su gobierno; algunos de sus colaboradores no compartían este entusiasmo, temerosos de un fracaso que arrastraría al Directorio.

2. Los rumores que se recogían en medios diplomáticos no hablaban únicamente de preparativos de guerra: también se referían a negociaciones porque el Gobierno español ofreció a 'Abd-el Krim reconocerle el título de Emir del Rif, con autonomía administrativa si aceptaba la legitimidad del Reino de Marruecos y la integración de aquella provincia en él así como el protectorado español en la zona y el francés en el territorio de la Monarquía. Esta propuesta, última oportunidad que el cabecilla rebelde desaprovechó, explica de modo suficiente cómo la opinión en las esferas políticas españolas se mostraba contraria a la operación Alhucemas: los desembarcos gozaban de mala fama; un fracaso se convertiría en desastre. Más difícil resulta entender por qué 'Abd el-Krim rechazó esta oferta lanzándose a un abismo en el que fracasaría: es posible que, empujado por los consejeros socialistas que le ayudaban y por la tradicional animadversión berberisca hacia la aristocracia árabe, pensara en

una revolución más amplia, comenzando por la demolición del trono que había pactado con los extranjeros.

El residente general francés Hubert Lyautey había construido, en la frontera que separaba los dos protectorados, una línea de posiciones que juzgaba suficientes para seguridad de su zona; las autoridades francesas se mantenían absolutamente al margen de los sucesos de la zona española, y sus periódicos atribuían a impericia la prolongación de la guerra así como los reveses padecidos. Pero el 9 de abril de 1925 el ejército de 'Abd el-Krim cruzó la línea, comenzó a someter a los Beni Zerual, que quedaron anexionados a su República, y atacó los puestos franceses haciendo saltar por los aires la «línea Lyautey». En poco más de una semana, el famoso conquistador francés tuvo que admitir que incluso Fez, la capital histórica del Imperio, se hallaba en peligro. El Sultán Muley Yussef, para estimular la adhesión de las poblaciones fieles, celebró aquel año en Fez la fiesta de Aid-el-Kebir.

A pesar de los esfuerzos heroicos de la Legión extranjera la derrota francesa no pudo ocultarse. De las 66 posiciones que componían la «línea Lyautey», 43 se perdieron: inmensas cantidades de armas, pertrechos y otro material cayeron en manos de los rebeldes. 'Abd el-Krim obligó a los Banu Zerual a adelantarle un millón de pesetas, en duros de plata, con los que pudo negociar la continuación de la ayuda exterior. En mayo el Estado Mayor francés pensó seriamente en abandonar Taza, cosa que impidió Lyautey. El 5 de junio los rifeños eran dueños de Biban, una gran fortaleza, desde la que podían dirigirse sobre Fez o sobre Taza, según les complaciese.

El presidente del Gobierno, Aristides Briand, tomó dos decisiones: sustituir a Lyautey por Philippe Pétain, el héroe de Verdun, mariscal de viejo estilo y el más prestigioso militar de Francia, y llamar al embajador español, José María Quiñones de León, para proponerle una cooperación entre los dos países contra el rebelde, que se había tornado amenazador. Los contactos, iniciados el 17 de junio dieron como resultado inicial un completo acuerdo para la cooperación ya el día 20. Los políticos habían dado su asentimiento, pero faltaba ahora que los militares dispusiesen el modo de ejecución.

3. Pétain comenzó restableciendo la situación de defensa ante Fez y Taza y devolviendo la moral a los combatientes. Luego fue a Tetuán para entrevistarse con Miguel Primo de Rivera que había llegado desde Ceuta: estaban presentes los jefes que deberían ser ejecutores de las operaciones, entre los cuales naturalmente el coronel Franco. Una chispa de interrogación salta en la mente del historiador: ¿fue, acaso, la primera vez en que Franco y Pétain se estrecharon la mano? El mariscal francés aportaba un complejo plan de acciones combinadas que debían permitir estrangular poco a poco al rebelde. El dictador español presentó en cambio la alternativa de Alhucemas, mostrándose enteramente de acuerdo con los anhelos íntimos de los «africanos»: todo el poder de 'Abd el-Krim dependía de los Banu Urriaguel, de modo que si, desembarcando en Alhucemas, se conseguía dominar esta zona, la rebelión se derrumbaría, y todo de un golpe. Alcazarseguer había demostrado que esto era posible.

La decisión no fue tomada en esta primera entrevista –es lógico que el mariscal se tomara un plazo para el estudio minucioso del plan con sus técnicos– sino en otra que tuvo lugar en Algeciras el 21 de agosto o un día muy cercano a esta fecha.

Pétain aceptó: el desembarco sería ejecutado por tropas españolas desde una fuerza naval conjunta de claro predominio francés. Primo de Rivera regresó a Madrid para imponer al Rey, muy reticente ante el temor de los altos riesgos que la operación implicaba, tambien la aceptación de la empresa.

El desencadenamiento de la acción se produjo con bastante rapidez: desde el 28 de agosto los soldados franceses comenzaron a atacar en la línea del Uarga para impedir a 'Abd el-Krim liberar parte de sus fuerzas y llevarlas a la costa. Por su parte el jefe rifeño amagó un fuerte ataque sobre Tetuán para disuadir a los invasores, pero no tubo éxito. La decisión última fue tomada ya el 1 de setiembre: las órdenes se entregaron a los diversos jefes entre los días 3 y 5 del mismo mes.

Disponemos de un documento de primer orden, el *Diario de Alhucemas*, que el propio Franco escribió usando la primera persona del plural, aunque sin mencionarse a sí mismo, como si él y la Legión –y en cierto modo las fuerzas que tomaron parte en la operación– fuesen una sola cosa.[32] Durante el verano las tropas fueron sometidas a cuidadoso y continuo entrenamiento que abarcaba «una detenida instrucción preparatoria en el manejo del material, un estudio concienzudo de la fortificación probablemente necesaria, la previsión de los transportes y sus contingencias, un cálculo aproximado de la acción enemiga y de las resistencias que hemos de vencer, un plano director de fuegos y enlaces y la cuidada moral».

Primo de Rivera no quiso descargar sobre ningún jefe divisionario la responsabilidad de dirigir una operación sin precedentes y que tantas probabilidades tenía de cerrarse en fracaso: la tomó en sus manos, jugándose el todo por el todo. Algunas veces los periódicos aludieron a él como «generalísimo». Dos columnas procedentes de Ceuta (general Saro) y de Melilla (general Fernández Pérez) debían proporcionar las fuerzas de desembarco. Franco mandaba la vanguardia, compuesta por 12.000 hombres, de la que dependía absolutamente el éxito de la operación[33] pues en las órdenes que se le entregaron figuraba también la «absoluta iniciativa en la elección de posiciones»: iba a ejecutar una acción que carecía de precedentes en la experiencia militar española, asalto directo a una playa enemiga fuertemente defendida, desde barcazas y con fuego de cobertura proporcionado únicamente por barcos de guerra.[34] Para superar la desigualdad numérica de la primera fase –en proporción calculada de 5 a 1 en favor de los rifeños– se le prometieron diez carros de combate.

'Abd el-Krim estaba informado de los planes españoles, demasiado evidentes para permanecer ocultos, de modo que pudo adoptar medidas de fortificación y defensa en la costa de Alhucemas que convirtieron las tres playas de Ixdain, la Cebadilla y el Fraile en huesos muy duros de roer. Las baterías de Joseph Klemm estaban emplazadas de tal forma que batían por completo los lugares de desembarco. Para sostener la moral de los suyos el caudillo del Rif anunció que si los españoles llevaban sus fuerzas contra Alhucemas, él se apoderaría de Tetuán; de hecho lanzó furiosos ataques contra Cudia Tahar, que estuvo a punto de sucumbir. Años más tarde el Presidente Eisenhower diría a Franco que la operación de Alhucemas y sus improvisaciones fue una de las más cuidadosamente estudiadas por su Estado Mayor cuando se preparaba el día D en las playas de Normandía.

4. «Pasaron al fin los momentos de indecisión». Con estas palabras inició Franco su *Diario*. «El viaje en los transportes a lo largo de la costa»,

durante el día 6 de setiembre fue mostrando a la columna salida de Ceuta, la inhóspita cerrazón de la tierra enemiga. De cuando en cuando, «salpicados como nidos de águila, se agarran míseros aduares». Los hombres se arracimaban en las cubiertas, demasiado repletas. Pasa la noche, apenas quebrantada por algunas hogueras que se divisan muy lejos. Cuando la luz del alba del 7 de setiembre se anuncia, los legionarios que no han podido dormir, contemplan Morro Nuevo, donde el adversario tiene sus cañones. Es el punto de destino y a él van llegando también los navíos de guerra españoles. Pero durante todo el día 7 apenas si se producen algunas salvas de tanteo para descubrir la potencia enemiga. Durante otras veinticuatro horas, «la tropa, apiñada e incómoda pero siempre contenta, sigue su vida en las barcazas».

No vamos a describir la operación[35] sino desde el punto de vista muy personal de Franco que, próximo a los hechos, desenfoca en muchos momentos la perspectiva pero reconstruye muy bien su estado de ánimo en jornadas que tuvieron gran importancia en su vida y, consecuentemente, también en la de España, ya que, después de Alhucemas, convertido en general, fue opinión unánime de todos los sectores políticos de que sería preciso contar con él. Once años exactamente separan esa curiosa fotografía del menudo coronel apoyado en la cureña de un cañón en la playa de la Cebadilla, de esas otras, tantas veces repetidas que rememoran su designación para la Jefatura del Estado.

Instalado en la primera de las barcazas K, que los remolcadores trataban de reunir, pues una marejada de Levante las había dispersado durante la noche, teniendo a su lado al capitán de fragata Carlos Boado, encargado de guiar la trayectoria, Franco pudo contemplar cómo a las 6:30 de la mañana la poderosa flota iniciaba el bombardeo que los periodistas presentes en el acorazado Alfonso XIII, puesto de mando de Primo de Rivera, y en el torpedero DP-22, desde el que Sanjurjo dirigía el desembarco, describieron como una tormenta demoledora de hierro y fuego. Pero transcurrieron todavía tres horas de incertidumbre porque resultaba difícil volver a colocar en línea las barcazas, demasiado torpes. Boado se trasladó a una falúa para reconocer la costa e hizo señales: los rifeños habían minado la playa prevista para la toma de tierra y, por tanto, las K tenían que desviarse a otro punto, más abrupto. Faltaban pocos metros para soltar las planchas cuando, otra vez Boado sube a bordo de la K-1 y advierte que los carros de combate no podrán ir delante porque hay cincuenta metros de mar entre el punto de llegada y la roca y arena de la tierra firme. Franco toma, sin perder tiempo, la decisión que habrá de repetirse en 1944 en las playas de Normandía: los infantes con las armas encima de la cabeza recorrerán ese paso. Inexplicablemente la operación se realiza con escasísimo número de bajas.

La cobertura de los cañones de la Armada fue, en opinión de Franco, de importancia decisiva para que sus legionarios y los harkeños de Muñoz Grandes pudieran consolidar en aquella primera jornada una cabeza de puente más extensa de la que en principio se proyectara. Cuando los legionarios culminaron el Morro Nuevo, «la gloriosa bandera de Valenzuela» fue clavada en lo alto y «los defensores demasiado tenaces son pasados a cuchillo».[36] Años después, removiendo sus recuerdos, Franco diría que aquello fue «el principio del fin»[37] y no el término definitivo porque la

guerra no era sino el medio de alcanzar la paz y porque «es necesario no emborracharse con el goce embriagador de la victoria, es indispensable caminar con pasos firmes y seguros, sin nerviosidades ni aventuras».

Durante dos semanas las fuerzas desembarcadas, mientras contaban sus muertos, tuvieron que limitarse a mantener la playa para que desembarcaran las otras unidades con la impedimenta. Llegó la noticia de que el ataque de 'Abd el-Krim sobre Kudia Tahar había fracasado y todo estaba en regla. El 22 de setiembre comenzó el avance, con terribles combates en el monte Malsumi y en Djebel Sellum (Palomas) con la Legión siempre en vanguardia. Franco no explicó nada que pudiera permitirnos determinar cuál fue su parte en estos combates: en cambio llamó la atención sobre el extraordinario comportamiento de Agustín Muñoz Grandes y de José Enrique Varela y sobre el dolor que le producían algunos caídos como Rodríguez Bescansa, Casado, Borrás... Cuando el 30 de setiembre se coronó el Monte de las Palomas se sabía que la estrella de 'Abd el-Krim se había apagado. El 2 de octubre los legionarios entraban en Axdir capturando un inmenso botín.

El 13 de octubre de 1925 Franco pudo abandonar el frente de operaciones y regresar a Ceuta. Para él la guerra de Marruecos había terminado, aunque todavía faltaba recorrer un gran trayecto hasta lograr la sumisión del territorio. Todavía en diciembre de 1925 y abril de 1926 se celebraron conversaciones de paz con 'Abd el-Krim, pero el rebelde rechazó las ofertas que se le hacían y el mando español y francés, que desde el 6 de febrero de 1926 poseía un plan acordado de operaciones, no se conformó con menos que el exilio del antiguo emir. Sanjurjo, nombrado alto comisario el 9 de noviembre, fue el encargado de las operaciones que concluyeron el 10 de julio de 1927 y fueron extraordinariamente duras. Pero desde el 27 de mayo de 1926 'Abd el-Krim ya no estaba: se había entregado a los franceses con toda su familia y una impedimenta que, para su transporte, exigió el empleo de 200 mulos. Fue enviado a la isla de La Reunión pero tratado con toda cortesía.

5. Volvamos atrás: el desembarco de Alhucemas señaló un hito importante en la vida de Franco. Todos los testimonios que de estos días se nos han conservado se muestran unánimes en apreciar como extraordinarios su valor, su serena decisión, su capacidad para ejercer el mando. Culminaba de este modo una trayectoria iniciada cuatro años antes al crearse el Tercio: ahora disfrutaba de un aprecio sobresaliente en el Ejército sin que sus antecedentes familiares ni sus relaciones políticas operasen en su favor, pues carecía de ambas cosas. Franco era, para decirlo en viejos términos latinos, un «homo novus», hombre nuevo. Phillipe Pétain, el héroe del Marne, que ocupaba en el criterio de los valores militares el nivel más alto, comentó con algunos de sus colaboradores: «este hombre tiene la espada más limpia de Europa». Militar puro, sin mezcla alguna, así se le consideraba entonces. Una frase que en el viejo mariscal despertaría nuevos ecos en la hora difícil de 1939, cuando un gesto de Franco bastó para cambiar la actitud grosera de toda una ciudad o en la más difícil todavía de junio de 1940 cuando tuvo que acudir a su mediación.

En su parte de operaciones, el general Saro incluyó las palabras siguientes: «Hago especial mención del coronel Franco que, en su brillante acción en este combate, confirmó una vez más la opinión que todos, sin excepción, tenemos de su competencia, habilidad, valor, serenidad y todas las excepcionales cualidades que hacen

de él un jefe merecedor de toda alabanza».[38] Por su parte el Gobierno francés le nombró caballero de la Legión de Honor; en su mentalidad, tan llena de peculiaridades, esta distinción establecería curiosas vinculaciones con el Ejército francés, algunas de las cuales aparecerán posteriormente en este libro.

El 5 de diciembre de 1925, propuesto para el ascenso a general de Brigada, Franco entregó el mando de la Legión precisamente a Millán Astray, el fundador de la misma.[39] Marruecos comenzaba a ser un lugar en el recuerdo aunque, también, una secreta aspiración, la de llegar a ser alto comisario.[40] Era algo más: una experiencia de combate, lejos de la teoría academica, pero más útil que ésta en los dos desafíos militares con que tendrá que enfrentarse después, el de la Guerra Civil y el de la subversión revolucionaria. La sintetizó un poco de este modo: hacer constantes reconocimientos para saber dónde se encuentra el enemigo, operar por sorpresa, explotar el éxito y no abandonar nunca en sus manos una posición que momentáneamente se hubiese perdido.[41] Franco emergía de África como caudillo militar excepcional, una especie de héroe de leyenda. No estamos aquí tratando de hacer un panegírico sino de explicar un estado de opinión: en los años siguientes diversos sectores políticos tratarían de atraerlo a su bando.

Notas al capítulo 5.

[1] En el informe Picasso y en el de la Comisión de Responsabilidades, ambos publicados por la editorial Morata en Madrid, 1931, lo único que pudo aportarse fue un telegrama anodino del Rey a Fernández Silvestre, el cual entraba dentro de las atribuciones del soberano. Parece por tanto evidente que hubo deliberada voluntad de utilizar un pretexto cualquiera. Ch. Petrie, *Alfonso XIII y su tiempo*, trad. española, Barcelona, 1967, p. 176, no duda en calificar de calumnioso el rumor. Jesús Pabón, *Cambó*, II, p. 400 y ss., acepta en principio que don Alfonso XIII estaba tan decepcionado en estos momentos que pensó seriamente en su propia abdicación.

[2] Raymond G. Carr, *La crisis...*, p. 517.

[3] Hay motivos suficientes para suponer que el asesinato fue cometido por un pistolero a sueldo de empresarios catalanes. Antonio Padilla Bolívar, «El mortal atentado contra el Noi del Sucre», en *Historia y Vida*, 77, pp. 124-133.

[4] R. de La Cierva, *Franco*, p. 72. Estas frases fueron mantenidas en la colección antológica de discursos y artículos de Prieto cuando se publicó en Méjico en 1967. Todos los corresponsales de guerra en Marruecos mostraron en los elogios unanimidad. Acaso porque no podía atribuirse al jefe de la Legión ninguna militancia política.

[5] El artículo, titulado «Una reforma necesaria», se publicó en el número 2 de la *Revista* correspondiente a febrero de 1925. Ha sido reproducido en *Papeles de la guerra de Marruecos*, pp. 239-243.

[6] Al asesinato del cardenal Sodevilla se habían sumado actos que incidían en traición. En enero de 1923 un llamado «Comité nacionalista catalán» cursó un telegrama felicitando al Raisuni por sus victorias sobre «los bárbaros métodos de guerra empleados por el Ejército español». El 11 de setiembre de este mismo año se había quemado una bandera nacional por personas que vitoreaban a Catalunya Lliure y a la República del Rif. J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, p. 727.

[7] El 4 de abril de 1963, en unas confidencias que hizo a su primo Franco-Salgado, el Generalísimo, tras el elogio de Alfonso XIII, «un gran rey, de los mejores que hemos tenido», dijo que, en su opinión, la Dictadura había sido reclamada por el pueblo español de tal manera que si Primo de Rivera no se hubiese adelantado, el general Aguilera o cualquier otro militar semejante, la habría implantado. Añadió que en la conversación con don Alfonso, en octubre de 1923, éste le había aclarado que, antes de entregar el poder a don Miguel, se había cerciorado de que contaba con abundante respaldo del Ejército. F. Franco- Salgado, *Mis conversaciones privadas*, p. 377.

[8] Algunos juicios de valor han sido acuñados como si fueran definitivos. No lo son, en modo alguno, pero deben ser tenidos en cuenta como medios para comprender el fenómeno. Cambó y Puig i Cadafalch insisten en que la Dictadura nació en Barcelona porque aquí era donde el terrorismo y el desorden habían alcanzado mayor gravedad. Primo de Rivera puede considerarse como «un militar y político aficionado incapaz de estructurar un nuevo sistema político en sustitución del canovista, al que puso fin» (Sh. Ben Ami, *La revolución desde arriba*, pp. 16-17). «No fue ni un fascismo musoliniano ni una dictadura sangrienta» y «continuó manteniendo la ficción de que la Constitución sólo estaba suspendida y no abolida» (Sh. Ben Ami, *The origins of the Second Republic in Spain*, Oxford, 1978, pp. 10 y 11).

[9] J. Tusell, *op. cit.*, p. 176, establece una comparación entre Franco y Primo de Rivera explicando que «sus caracteres (y también sus actuaciones) resultan profundamente antitéticos (se siente la tentación de decir que mediaba entre ellos la distancia que va de un andaluz a

un gallego)». Sin embargo hemos de advertir que Franco consideraría luego a la Dictadura como el antecedente de su propio Régimen, escogiendo colaboradores muy vinculados con aquélla.

[10] J. A. Lacomba, *op. cit.*, pp. 236-237, que no se muestra favorable a la Dictadura, presenta sin embargo a ésta como una etapa «durante la cual la prosperidad europea (los felices años veinte, paraíso del capitalismo liberal) posibilita una euforia del país, que tampoco sabe aprovechar». Atribuir a influencia exterior un hecho es recurso fácil pero que lleva a una conclusión; la Dictadura aprovechó la oportunidad de dar prosperidad a España; en los años inmediatamente siguientes esta prosperidad se disipó.

[11] No cabe duda de que los africanos se mostraron opuestos a la Dictadura respecto al tratamiento que había que aplicar en Marruecos; Sanjurjo, Berenguer, Mola, Goded, Franco y todos los demás, dejaron constancia de que consideraban la necesidad de imponer una guerra absoluta y rápida. Sin ella no habría paz. J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, p. 728.

[12] En primer término R. de La Cierva, *Franco*, p. 76. Luego está la conversación de Franco con G. Hills, *op. cit.*, pp. 129-131, el informe de Gregorio Marañón en 1963 y la conversación en torno a éste del propio Generalísimo con su primo Franco-Salgado, *op. cit.*, pp. 377-378.

[13] R. de La Cierva, *Franco*, p. 77, ha llamado con acierto la atención sobre este punto, examinando las crónicas de *Región* y la *Voz de Asturias*, de Oviedo, *La Prensa* y *El Comercio* de Gijón y *Mundo Gráfico* de Madrid.

[14] Núm. 2 del año II de la *Revista de Tropas coloniales*, 1925, p. 7.

[15] R. de La Cierva, *Franco*, pp. 78-80, aporta aquí un documento precioso; la declaración que el propio Franco dictó a un secretario el 1 de julio de 1972. Ninguna versión resulta tan convincente como ésta.

[16] J. Arrarás, *Franco*, pp. 99-101.

[17] Ademas del testimonio directo recogido por R. de La Cierva y antes mencionado, tenemos otros dos, las conversaciones que recogió J. Arrarás ya en 1939, *op. cit.*, pp. 102-104, y las que tuvo con G. Hills, *Franco*, p. 132. Hay detalles que deben ser tenidos en cuenta.

[18] La anécdota del menú exclusivamente de huevos ha sido ampliamente difundida. Rafael García Serrano, *Diario para un macuto*, Madrid, 1966, p. 583, la tomó de Arturo Barea. Pero fue narrada también por Luis Bolín, *Los años vitales*, Madrid, 1967, p. 90. El Generalísimo, en su conversación con R. de La Cierva, a instancias de éste, la desmintió categóricamente.

[19] El incidente de Bein Tieb y la conversación entre Franco y Primo de Rivera en la madrugada del día 21 –el futuro Generalísimo embarcó para Ceuta el 22– han sido objeto de muy numerosos comentarios. L. Galinsoaga y Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 89, tratan de disminuir la acritud del enfrentamiento: pero otros, como Claude Martin y el propio Caudillo, han intentado probablemente hacerla más radical. En una conversación con Hills, y en otra con Franco-Salgado, en 1955, dijó que él y Pareja habían presentado la renuncia que no les fue aceptada y que en la entrevista de la Comandancia «saqué de nuevo a discusión el plan para Alhucemas; abandonar lo que ya teníamos habría sido un grave error». Otros detalles en Francisco J. Marinas, *El general Varela*, Barcelona, 1956, p. 37.

[20] F. Franco, *Papeles de la guerra de Marruecos*, pp. 183-186.

[21] Franco compartía esta opinión, según explicó en otro artículo, «Sistemas rifeños» de la misma revista, en *Papeles...*, pp. 187-189. «Esta clase de guerra –la de las harkas– es favorecida por lo diseminado de las posiciones ocupadas, perdidas en medio de los montes adonde la necesidad de vigilar las regiones pobladas llevó a franceses y españoles... así se limita la iniciativa y capacidad maniobrera de los dos ejércitos».

[22] J. Arrarás, *op. cit.*, pp. 106-107.

[23] Según datos no publicados hasta 1976 por el teniente general Francisco Gómez de Jordana, el Directorio se proponía, dejando libre el campo a 'Abd el-Krim, que la rebelión se extendiese a la zona francesa del Protectorado y de este modo implicar, como sucedió de hecho, a la otra potencia protectora. R. de La Cierva, *Franco*, p. 81. Este dato no ha podido ser contrastado con ningún otro documento.

[24] El parte decía que «en la noche pasada, después de cuatro horas de intensísimo traba-

jo, se ha evacuado M'Ter. Empieza así a realizarse el plan del Directorio bajo los mejores auspicios». J. Arrarás, *op. cit.*, p. 107.

J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, pp. 771-774, acepta la tesis de Mola de que Primo de Rivera fue cambiando de idea sobre la marcha, y que hasta el final del mes de noviembre no fue tomada la decisión de pasar a la ofensiva contando ya con alguna perspectiva de apoyo de Francia.

25 Las razones que movieron a Primo de Rivera a destituir a Queipo de Llano de modo fulminante no resultan demasiado claras. En 1930, en un folleto justificativo en que trataba de presentarse como «perseguido por la Dictadura», dijo que el 21 de setiembre Franco y otros dos tenientes coroneles le visitaron con la propuesta de detener a Primo de Rivera y sus colaboradores haciéndose el propio Queipo cargo del mando. Esta noticia tropieza con el obstáculo de que por estas fechas Franco dirigía las operaciones en Peñas de Gorgues y, aun en el caso de que esta conversación hubiese tenido lugar, de ningún modo podríamos considerarla como producto de un plan elaborado sino como un cambio de impresiones, casi un sondeo. R. de La Cierva, *Franco*, pp. 81-82.

26 Es el título del artículo que publicó en la *Revista de tropas coloniales*, reproducido en *Papeles...* pp. 189-196.

27 J. Arrarás, *op. cit.*, pp. 110-115, incluyó un croquis para mejor comprensión de la defensa de la posición.

28 Es seguro que Franco tuvo entonces la idea de convertir ya la Legión en unidad operativa autónoma, de tipo Brigada, proponiendo que se incorporase un grupo de Artillería. Por carta de 13 de febrero de 1925 sabemos que quería que su amigo el comandante León Manjón lo mandase. No se le concedió mas que un escuadrón por lo que no se generó dicho empleo.

29 David Woolman, *Rebels in the Rif. Abd el-krim and the Rif rebellion*, Stanford-Oxford, 1969, p. 114, afirma que las pérdidas españolas superaron en esta ocasión las de Annual, pero no posee datos fiables.

30 El primer intento, del que hubo que desistir, tuvo lugar el 14 de enero, cuando aún era Franco teniente coronel. R. de La Cierva, «Cómo se conocieron Franco y Carrero», *Historia y vida*, núm, 71, 1974, p. 19.

31 R. de La Cierva, *Franco*, p. 86.

32 Publicado primeramente en la *Revista de Tropas coloniales*, ha sido recogido posteriormente en *Papeles de la guerra de Marruecos*, pp. 203-223.

33 B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 137.

34 A Franco correspondieron en Alhucemas las siguientes misiones:

a. dar la orden a los ocupantes de las barcazas para comenzar el asalto;
b. disponer la forma en que la infantería iba a desplegarse detrás de los tanques;
c. dirigir con señales desde tierra el fuego de los barcos y aviones, así como su interrupción, y
d. el mando de toda la impedimenta y de las tropas de primera línea.

J. Arrarás, *op. cit.*, pp. 122-123.

35 La operación es resumida por R. de La Cierva, *Franco*, pp. 84-90, que utiliza especialmente al ya mencionado Woolman, a Francisco Gómez de Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid 1976, y a Carlos Martínez Campos, *España Bélica*.

36 *Papeles de la guerra de Marruecos*, p. 206.

37 *Papeles de la guerra de Marruecos*, pp. 223-227.

38 J. Arrarás, *op. cit.*, p. 130.

39 Dato curioso: la única carta que hemos podido localizar correspondiente a esta fecha es la dirigida a su amigo el artillero Antonio León, herido en Alhucemas. Se interesaba por su salud y le enviaba cordiales memorias de Badía, Liniers y Sueiro.

40 Los artículos publicados en la *Revista*: «Paz y desarme», «Mirando a Francia», «Facetas del Protectorado», «Reformas necesarias», «Del momento actual», «La paz y el Terib», «Tánger y lo que queda del problema marroquí», tendían a presentarle como un experto en cuestiones administrativas marroquíes, en *Papeles de la guerra*, pp. 231-256.

41 G. Hill, *op. cit.*, p. 136.